

consuelo en todo. Jamás he podido comprender el sentido de aquellos versos de Lucrecio:

Suave mari magno, turbantibus æquora ventis,  
E terra magnum alterius spectare laborem.

Porque lejos de agradarme el contemplar desde la orilla el naufragio de otros, padezco cuando veo padecer á los demás. Las musas no tienen entonces sobre mí otro poder que el que inspira la compasion de la desgracia. ¡No permita Dios que yo renueve hoy aquellas declamaciones que tanto mal han hecho á nuestra patria! Pero si alguna vez, siguiendo la opinion de ciertos hombres, cuyo carácter y talento me son por otra parte muy apreciados, hubiera llegado á pensar que el gobierno absoluto era el mejor de todos los gobiernos, algunos meses de permanencia en Turquía hubieran modificado mi opinion.

Muy felices son los viajeros que se contentan con recorrer la Europa civilizada sin llegar á penetrar en aquellos países que fueron célebres un tiempo, en los que el corazon se aflige á cada paso, y en los que las ruinas vivas apartan de continuo la atencion de las ruinas de mármol y de piedra. En vano quiere uno en la Grecia dejarse arrebatar de las mas bellas ilusiones, porque al momento se presenta con todo su aspecto la mas triste realidad. Miserables tugurios de tierra, mas propios para servir de asilo á las bestias que á los hombres; mujeres y niños cubiertos de harapos, que huyen á la vista de un genízaro ó de un extranjero; las mismas cabras que se espantan, y los mastines que se quedan solos acometiendo con furiosos aullidos; tal es el espectáculo que os aparta de los agradables recuerdos.



El Peloponeso es un desierto: desde la guerra de los rusos, el yugo con que los turcos oprimen á los moraitas es mucho mas pesado, y los albaneses degollaron á casi todos sus habitantes. Solo se ven aldeas destruidas por el hierro ó el fuego: en las ciudades como Misitra se hallan arrabales enteros completamente abandonados: á veces he andado quince leguas sin encontrar una sola casa: las mas crueles vejaciones y todo género de malos tratamientos acaban de destruir la agricultura y la vida: lanzar á un aldeano griego de su cabaña, quitarle su mujer y sus hijos, matarlos con el menor pretesto, es un juego para el mas miserable agá de la mas pequeña aldea. Llegado el moraita al último grado de la desgracia, huye de su país, y va á buscar en el Asia una suerte menos dura. Pero ¡vana esperanza! persíguele hasta allí su fatal estrella, y halla cadíes y bajaes en los arenales del Jordan y en los desiertos de Palmira.

El Atica, aunque menos miserable, sufre la misma esclavitud. Atenas se halla bajo la inmediata proteccion del jefe de los eunucos negros del Serrallo. Su disdar ó comandante hace en el pueblo de Solon las veces del mónstruo que le protege. Este disdar habita en la ciudadela, que está llena de las obras maestras de Phidias y de Ictino, sin preguntar á qué pueblo pertenecen aquellas ruinas, sin dignarse salir del caseron que hizo edificar entre los célebres monumentos de Pericles: solo alguna vez aquel tirano autómeta se arrastra hasta la puerta de su caverna, y allí se sienta sobre un tapiz cruzado de piernas; y mientras el humo de su pipa se eleva por entre las columnas del templo de Minerva, él estiende su mirada estúpida por las costas de Salamina y el mar de Epidauro.

Diríase que la misma Grecia ha querido hacer pública

con su luto la desgracia de sus hijos. Por lo general el país es erial, el terreno desnudo, monótono, salvaje, y cubierto únicamente de algunos matorrales amarillentos y marchitos; no se puede decir que hay verdaderos rios, y sí solo torrentes y arroyos que se secan en verano. Casi no se hallan alquerías, ni se ven labradores, ni se encuentran carretas ni yuntas de bueyes. No hay cosa mas triste en verdad, que no poder descubrir jamás el carril de una rueda moderna allí mismo donde hallais, aun hasta en las mismas peñas, la huella de las ruedas antiguas. Algunos aldeanos vestidos con un miserable saco y un casquete encarnado en la cabeza, como los galeotes de Marsella, os saludan al paso con un triste *kali spera* (buenas tardes). En unos malos caballejos ó miserables pollinos, llevan los frutos de sus viñas ó su pobre equipaje campestre. Ceñid esta tierra desolada con un mar solitario; colocad en la punta de una roca una garita, una choza ó un monasterio arruinado; elévese en aquella soledad un minareto que indique la esclavitud; que un hato de ovejas ó de cabras vague pastando en un promontorio entre columnas derrumbadas; que con solo ver un turbante turco huyan los pastores, quedándose el camino mas solitario todavía, y tendreis una idea exacta del estado actual de la Grecia.

Se han investigado las causas de la decadencia del imperio romano, y se podrá escribir una obra muy buena sobre las que han apresurado la caída de los griegos. Las causas que arruinaron á Atenas y Esparta fueron las mismas que destruyeron á Roma, pues no cayeron por el peso de su inmensa mole, ni por la magnitud de su imperio. Tampoco se puede decir que las destruyeron sus riquezas, pues al fin ni el oro de los aliados, ni la abundancia que el comercio proporcionó á Atenas, fueron extraordinarios, ni

se vieron entre sus ciudadanos aquellas asombrosas riquezas que manifiestan la corrupcion de los hombres y de las costumbres;<sup>1</sup> y la república fué siempre tan pobre, que hubo muchas veces de vivir á espensas de los reyes del Asia, los cuales contribuian tambien á los gastos de sus mas célebres monumentos. Y en cuanto á Esparta, es bien sabido que las riquezas de los persas pervirtieron á algunos sujetos particulares; pero no por esto dejó de ser pobre la república.

A mi parecer, la primera causa de la decadencia de los griegos fué la guerra que se hicieron enre sí las dos repúblicas, luego que hubieron vencido á los persas. Atenas, considerada como un Estado, dejó de existir desde el momento en que se apoderaron de ella los lacedemonios. Un pueblo conquistado muere en seguida, á pesar de la celebridad de su historia. Los vicios del gobierno ateniense prepararon la victoria de Lacedemonia. Un estado puramente democrático es el peor de todos cuando tiene que luchar con un enemigo poderoso, pues se necesita entonces para salvar la patria, que la voluntad, y por consiguiente el imperio, sean únicos. Lúgubre era por cierto el furor del pueblo ateniense cuando los espartanos lo tenían casi cercado: desterrando y volviendo á llamar á los ciudadanos que podian salvarle, dejándose gobernar por oradores turbulentos, sufrió la suerte que se merecia por sus locuras; y si Atenas no fué destruida hasta sus cimientos, fué por el respeto que los vencedores tuvieron á sus antiguas virtudes.

Del mismo modo que Atenas, la triunfante Lacedemonia debió la primera causa de su ruina á sus propias instituciones. El pudor, que una ley muy estraña habia como

<sup>1</sup> Las grandes riquezas de Atenas, como las de Herodes Atico, solo se verificaron bajo la dominacion romana.

despreciado para conservar el pudor mismo, fué destruido en fin por la misma ley; las mujeres de Esparta que se presentaban medio desnudas á vista de los hombres, llegaron á ser las mas infames de la Grecia; y de todas sus leyes contra la naturaleza misma, no les quedaron á los lacedemonios mas que la disolucion y la crueldad. Ciceron, que presenci6 los juegos de los muchachos de Esparta, nos dice que se despedazaban unos á otros con los dientes y las uñas. ¿Y de qué sirvieron leyes tan brutales? ¿conservaron éstas, por ventura, la independenciam de Esparta? No; porque tampoco era necesario educar á los hombres como se cria á las bestias feroces, para que acabasen por obedecer al tirano Nabis, y ser esclavos de los romanos.

Los mejores principios tienen sus excesos y su lado peligroso: destruyendo Licurgo la ambicion dentro de Lacedemonia, creyó sostener la república, y la perdió. Si los espartanos, despues de la conquista de Atenas, hubiesen reducido la Grecia á provincias lacedemonias, acaso hubieran llegado á ser los señores del mundo; y esta conjetura es tanto mas probable, cuanto que, tal vez sin pretenderlo, y siendo tan débiles, llegaron á conmover en Asia el imperio del gran rey.

Sus victorias continuadas hubieran impedido que al lado mismo de la Grecia se levantase una monarquía poderosa, que devoró luego todas aquellas repúblicas. Reuniendo Lacedemonia todos los pueblos que venció con las armas, habria podido sofocar en su cuna el poder de Filipo: hubieran sido sus súbditos los grandes hombres que eran enemigos suyos; y Alejandro, en lugar de nacer en una monarquía, hubiera salido, como César, del seno de una república.

Empero lejos de mostrar este espíritu de grandeza y de

conservadora ambicion, los lacedemonios, contentos con haber puesto treinta tiranos en Atenas, se volvieron inmediatamente á los reducidos límites de su valle, á causa de la inclinacion que sus mismas leyes les inspiraban hácia una vida oscura y pobre. No sucede á una nacion lo mismo que á un hombre particular; la moderacion en la fortuna y el amor al sosiego que pueden convenir á un ciudadano, en ningun modo aprovechan á un Estado. Jamás se debe llevar á efecto una guerra impía, ni comprarse la gloria á costa de una injusticia; pero no saber aprovecharse de las ventajas para honrar, engrandecer y hacer mas fuerte su patria, mas es en un pueblo falta de génio que un sentimiento de virtud.

¿Qué es lo que sucedió, pues, á los espartanos siguiendo este sistema de política? Que la Macedonia no tardó mucho en dominar á la Grecia; que Filipo dictó las leyes al consejo de los Amphyctiones, y concluyó pronto con aquel débil imperio de la Laconia, que no se apoyaba en una verdadera fuerza, sino solo en la fama de sus intrépidos guerreros. Apareció Epaminondas, y vencidos los lacedemonios en Leuctra, se vieron en la necesidad de hacer un estenso discurso para justificarse ante el vencedor, del que oyeron esta sentencia cruel: “¿Pusimos fin á vuestra breve elocuencia!” *Nos brevi eloquentia finem imposuimus.* Entonces, mal su grado, debieron conocer los espartanos la utilidad de haber reunido á su tiempo en un solo cuerpo de Estado todas las ciudades griegas, y haber contado á Epaminondas en el número de sus generales y ciudadanos. Conocido una vez el secreto de su debilidad, se perdieron sin remedio; y Philopœmen concluyó lo que Epaminondas habia comenzado.

Aquí se nos presenta un memorable ejemplo de la supe-

rrioridad que las letras dan á un pueblo, sobre todo en especial cuando ha ostentado virtudes guerreras. Puede decirse que las batallas de Leuctra y de Mantinéa borraron de la tierra el nombre de Esparta; á la par que Atenas conservó siempre su imperio, á pesar de haber sido tomada por los lacedemonios y destruida por Sila. Visitáronla aquellos mismos romanos que la habian vencido y que despues se gloriaban de ser tenidos por hijos suyos, pues el uno tomaba el sobrenombre de Atico, y el otro se llamaba discípulo de Platon y de Demóstenes. Las musas latinas, Lucrecio, Horacio y Virgilio, cantan de continuo á la reina de la Grecia: "Concedo á los muertos la salud de los vivos," dijo César perdonando á Atenas culpable. Adriano quiso añadir al título de emperador el de archonte de Atenas, y adornó con muchas y escelentes obras la patria de Pericles: Constantino el Grande tuvo tanta satisfaccion al ver que los atenienses le habian erigido una estatua, que estuvo muy espléndido con ellos: Juliano, al dejar la Academia, no pudo menos de llorar; y cuando triunfó, creyó deber su victoria á la Minerva de Phidias. Los Crisóstomos, los Basilio y los Cirilos, fueron como Ciceron y Atico, á estudiar la elocuencia en su verdadera fuente; y hasta en la edad media era llamada Atenas la *Escuela de las ciencias y del génio*. Al despertar la Europa de su barbarie, clama al punto por Atenas. "¿Qué se ha hecho?" pregunta por do quiera. Y cuando sabe que todavía existen sus ruinas, todos corren á verlas, como si hubiesen hallado las cenizas de una madre.

¡Qué diferencia de esta fama á la que solo se debe á las armas! Mientras el nombre de Atenas vuela de boca en boca y sin cesar, Esparta yace olvidada: apenas se la ve, imperando Tiberio, sostener y perder un pleito de poca consi-

peracion contra los mesenios, y es menester leer dos veces el pasaje en que Tácito habla de ellos, para asegurarse que se trata de la célebre Lacedemonia. Algunos siglos despues vemos á Carazalla rodeado de una guardia lacedemonia, como un triste honor, que parecia indicar que la raza de Licurgo conservaba su carácter feroz. Por último, en tiempo del Bajo Imperio, Esparta se convierte en un principado ridículo, cuyos soberanos tomaron el título de *Déspotas*, que ha venido á ser el de los tiranos. Algunos piratas que se titulan verdaderos descendientes de los lacedemonios, forman hoy toda la gloria de Esparta.

No he tratado con bastante detenimiento á los griegos modernos, para poder formar una opinion fundada de su carácter. No ignoro que no hay cosa mas fácil que calumniar á los desgraciados, y decir cuando uno está fuera de todo peligro: "¿Por qué no rompen las cadenas que los oprimen?" Cada uno puede en el rincon de su hogar manifestar estos sublimes sentimientos y ese intrépido valor; y es bien cierto que en este siglo en que todo se cree, menos la existencia de Dios, abundan las opiniones decisivas; pero como la esperiencia desmiente muy á menudo estos juicios tan generales que se forman sobre toda una nacion, me guardaré muy bien de emitir el mio, y solo diré que todavía existen en Grecia muchos hombres de capacidad; y creo mas, que allí están nuestros maestros en todos los géneros; así como creo que la naturaleza humana conserva en Roma su superioridad, sin que esto sea asegurar que allí se hallen precisamente ahora los hombres de mas elevado carácter.

Pero tambien temo que los griegos no estén aún en disposicion de quebrantar su coyunda. Aun cuando se viesen libres de la tiranía que los oprime, no por eso se les borraría en un instante el sello de su esclavitud; pues hace dos

mil años que forman un pueblo abatido y decrepito, no habiéndoles sucedido lo que á las demás partes de Europa, á la que en cierto modo los bárbaros rejuvenecieron: la misma nacion que los conquistó, aumentó su corrupcion. Esta nacion no les llevó las costumbres áridas y sombrías de los pueblos del Norte, sino las voluptuosas y raquíctas de los del Mediodía. Sin hablar del crimen que hubieran cometido abjurando su religion, nada hubieran ganado tampoco sujetándose al Coran. En el libro de Mahoma no hay principio alguno de civilizacion, ni preceptos que puedan ennoblecen el carácter; este libro no predica el odio á la tiranía ni el amor á la libertad. Siguiendo los griegos el culto de sus amos, hubieran abandonado las ciencias y las artes para hacerse soldados del Hado y obedecer ciegamente los caprichos de un señor absoluto. Hubieran pasado su vida ó destruyendo el mundo, ó durmiendo sobre una alfombra entre perfumes y mujeres.

La misma imparcialidad que me obliga a hablar de los griegos con el respeto que es debido á la desgracia, me hubiera impedido tratar á los turcos con el rigor que acabo de mostrar, si solo habiese visto entre ellos los abusos que tan comunes son á los pueblos vencedores; mas por desgracia los soldados republicanos no son unos amos mas justos que los satélites de un déspota; y un procónsul no era menos ávido que un bajá.<sup>1</sup> Empero la tiranía de los tur-

<sup>1</sup> Los romanos, lo mismo que los turcos, hacian con frecuencia esclavos á los vencidos. Y si se me permite decir mi opinion, creo que esto contribuyó á que los grandes hombres de Atenas y de Roma conservasen su superioridad sobre los de los tiempos modernos. Es positivo que el hombre no puede usar de todas las facultades del espíritu mas que cuando se halla desembarazado de las atenciones materiales de la vida, y solamente se consigue este desembarazo cuando las artes, los oficios y las ocupacio-

cos es diferente de todas las demás. Un procónsul podia ser un mónstruo de lujuria, de avaricia y de crueldad; pero todos los procónsules no se complacian por sistema y espíritu de religion en derribar los monumentos de la civilizacion y de las artes, en cortar los árboles, en destruir las cosechas, y aun generaciones enteras de hombres; y esto es lo que todos los dias hacen los turcos. ¿Podrá creerse que existan en el mundo tiranos tan bárbaros y estúpidos, que se opongan á todo progreso en las cosas de primera necesidad? Si se hunde un puente, no lo levantan ya; si un hombre repara su casa, se le castiga. He visto algunos capitanes griegos esponerse á naufragar por tener rotas las velas, y no atreverse á componerlas temerosos de que se sospechase que eran industriosos ó ricos. En fin, si yo hubiera observado que los turcos eran unos ciudadanos libres y virtuosos en el seno de su patria, aunque nada generosa con las naciones conquistadas; contentándome con llorar en silencio la imperfeccion de la naturaleza humana, hubiera callado; pero hallar al mismo tiempo y en el mismo hombre el tirano de los griegos y el esclavo del gran señor, el verdugo de un pueblo indefenso y la víctima de un bajá que le puede arrebatar sus bienes, meterle en un

nes domésticas están confiadas á los esclavos. El servicio de un hombre asalariado, que os deja cuando le parece, y cuyos descuidos ó vicios estais obligados á sufrir, no puede compararse con el servicio de otro de cuya vida y muerte se puede disponer. Tambien es cierto, además, que la costumbre de mandar da al espíritu cierta elevacion, y á los modales cierta nobleza, que no se aprende jamás en la igualdad social de nuestras ciudades. Mas no echemos tampoco de menos aquella superioridad de los antiguos, porque era preciso adquirirla á espensas de la libertad de la raza humana, y bendigamos por el contrario al cristianismo, que ha conseguido romper los hierros de la esclavitud.

saco y lanzarlo al mar, es cosa horrible, y cualquier bés-tia salvaje me parece preferible á semejante hombre.

Por todo esto se echa de ver que en el cabo Sunio no me dejaba yo llevar de las ideas novelescas que hubiera podido inspirarme el hermoso cuadro que tenia á la vista. Al despedirme de Grecia, era natural que recordase la historia de aquel país, procurando descubrir en la antigua prosperidad de Esparta y de Atenas la causa de su desgracia actual, y en su estado presente las semillas de su futuro destino. Las olas del mar que comenzaban á azotar las rocas con violencia, me hicieron ver que se habia levantado el viento y que era ya tiempo de proseguir nuestra navegacion. Disperté á José y á su compañero, bajamos al barco, y hallamos que los marineros se disponian ya para hacernos á la vela. Tomamos viento, y como la brisa era de tierra, nos llevó rápidamente hácia Zea. A medida que nos alejábamos, nos parecian mas hermosas las columnas de Sunio: descubríaselas distintamente sobre el azul del cielo, por ser muy blancas y estar la noche muy serena. Aunque nos hallábamos ya muy lejos del cabo, todavía oiamos el ruido de las olas, que se estrellaban contra las rocas, el murmullo del viento entre los árboles, y el importuno chillido de los grillos, únicos habitantes de las ruinas del templo: estas fueron las últimas voces que oí exhaladas en la tierra de la Grecia.



## SEGUNDA PARTE.

### VIAJE DEL ARCHIPIELAGO, DE LA ANATOLIA Y CONSTANTINOPLA.

Mudé de teatro: las islas por donde iba á pasar eran en la antigüedad como una especie de puente sobre el mar, que unia la Grecia del Asia con la verdadera Grecia. Libres ó esclavos, siguiendo la suerte de Esparta ó de Atenas, la de los persas, la de Alejandro y sus sucesores, sucumbieron en fin bajo la coyunda de los romanos. Muy luego formaron parte del Bajo Imperio, del que las fueron conquistando sucesivamente los venecianos, los genoveses, los catalanes y los napolitanos; y tuvieron príncipes particulares, y aun despues que tomaron el título general de duques del Archipiélago. En fin, los sultanes del Asia bajaron hácia el Mediterráneo, y para anunciar á éste la suer-